

La gobernanza económica mundial en turbulencia: decisiones para Europa

Elina Ribakova

Nonresident Senior Fellow, Peterson Institute for International Economics & Bruegel; VP Foreign Policy & Director of International Affairs Program, Kyiv School of Economics

- La fragmentación geopolítica global ha desfasado las instituciones macroeconómicas tradicionales, y Europa debe reforzar su soberanía económica adoptando reformas que reduzcan su dependencia del sistema financiero liderado por EE. UU.
- El BCE y la Comisión Europea deben aprovechar el euro y su potencial (euro digital, emisión conjunta de deuda, unión de mercados de capitales) para fortalecer la autonomía financiera y mitigar la vulnerabilidad a sanciones y a la influencia del dólar.
- Europa necesita consolidar su defensa común –integrando adquisiciones, profundizando la cooperación con Ucrania e implementando herramientas anticoerción– y diversificar sus fuentes energéticas apostando por renovables para asegurar su seguridad energética a largo plazo.

La gobernanza económica mundial está experimentando una profunda transformación que definirá las próximas décadas. El riesgo político ya no consiste solo en que las multinacionales protejan sus derechos de propiedad frente a gobiernos corruptos en mercados de frontera. La fragmentación geopolítica –antes asociada a conflictos regionales aislados– es ahora un fenómeno global. La dinámica se extiende mucho más allá de la rivalidad entre Estados Unidos y China. Internamente, Estados Unidos sigue enfrentándose a una creciente polarización política y a una trayectoria más aislacionista, especialmente en su política exterior. En Europa, los dividendos de la paz tras la Guerra Fría han llegado a su fin.

La Comisión Europea, que se autodenominó “Comisión geopolítica” en 2019, debe ir ahora aún más lejos: para 2025, la prioridad ha pasado a ser aprovechar el mercado único y llevar a cabo reformas no solo para proteger su soberanía económica, sino también para defenderse de posibles amenazas de uso de la fuerza. Esto se produce en un momento en que la guerra de Rusia contra Ucrania ha entrado en su cuarto año y se ha vuelto cada vez más asertiva en el uso de la guerra híbrida dentro de la propia Europa. Mientras tanto, China está más dispuesta a utilizar su poder de mercado como herramienta de influencia geopolítica.

Para la Comisión Europea, la prioridad ha pasado a ser aprovechar el mercado único y llevar a cabo reformas no solo para proteger su soberanía económica, sino también para defenderse de posibles amenazas de uso de la fuerza.

Este cambio ha dejado a las instituciones multilaterales macroeconómicas tradicionales, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), cada vez más desfasadas con respecto a las realidades geopolíticas actuales. Al carecer de un mandato geopolítico claro y verse limitado por unos sistemas de cuotas obsoletos y opacos y por los intereses contrapuestos de los miembros de su junta directiva, el FMI corre el riesgo de volverse irrelevante y más vulnerable a la influencia política. El organismo ya ha mostrado cautela a la hora de abordar la política de sanciones de Estados Unidos hacia Rusia o las tensiones comerciales mundiales de mayor alcance impulsadas por Estados Unidos.

Durante las Reuniones de Primavera de 2025 –aparentemente alineadas con la nueva administración estadounidense–, la institución evitó debates sustanciales sobre cuestiones globales como el cambio climático y la igualdad de género. Esto supuso un claro alejamiento de las prioridades que el Fondo había adoptado en los últimos años. Algunos argumentan que esto refleja un retorno al mandato básico del FMI de estabilidad macroeconómica, mientras que otros lo ven como el resultado de una presión política tácita. En cualquier caso, no parece haberse producido ningún debate oficial en el *board*, ni un mandato formal que autorice este cambio de política.

Europa debe hacer frente a tres vulnerabilidades críticas no solo para salvaguardar sus intereses, sino también para reafirmarse como un líder mundial más fuerte y autónomo. En primer lugar, la autonomía monetaria y geopolítica de Europa, que sigue dependiendo en gran medida del sistema financiero liderado por Estados Unidos, continúa siendo limitada. En segundo lugar, la invasión rusa de Ucrania ha puesto de manifiesto su dependencia de garantías de defensa externas, subrayando la necesidad de reforzar su propia seguridad, no solo en términos económicos sino también como seguro frente a una guerra abierta en Europa. Por último, es fundamental reducir la dependencia energética, especialmente de proveedores únicos.

La soberanía económica de Europa: El papel de las instituciones monetarias

En el contexto de esta fragmentación, el Banco Central Europeo (BCE) desempeña un papel unificador fundamental dentro de Europa y ahora se enfrenta a una presión creciente para que adopte una postura más geopolítica. Las recientes declaraciones de su presidenta, Christine Lagarde, sugieren que podría estar produciéndose ya un cambio en esta dirección. A medida que evoluciona el papel del euro, está claro que Europa no pretende desplazar al dólar estadounidense a corto plazo, pero ese no

debería ser el objetivo. Por el contrario, el euro, la segunda moneda más importante del mundo, debería aprovecharse estratégicamente para promover los objetivos geopolíticos de Europa y salvaguardar sus intereses económicos y políticos.

La reciente caída del dólar y el rendimiento contrastado de los mercados europeos han hecho de la eurozona un destino de inversión más atractivo. Aunque el euro está lejos de sustituir al dólar como principal moneda de reserva del mundo, su mayor adopción –sobre todo mediante iniciativas como la emisión común de deuda, el euro digital y la mejora de los sistemas de pago nacionales– podría reforzar la influencia económica de la UE. Atraer más capital también ayudaría a reducir los costes de endeudamiento y respaldaría la reactivación económica de Europa en general.

La eurozona carece de mercados de capitales líquidos y profundos –especialmente de un “activo seguro” ampliamente aceptado– que apuntalen el dominio del dólar. Los bonos del Tesoro de EE. UU. se benefician de una escala y una rotación diaria inigualables, mientras que los eurobonos son limitados y mucho menos líquidos. Además, los mercados financieros europeos están fragmentados, con normativas complejas e incoherentes entre los Estados miembros que desincentivan a los inversores. La reactivación de la Unión de Mercados de Capitales –ahora reformulada como Unión del Ahorro y la Inversión– debería guiar los esfuerzos de la UE para integrar los mercados financieros y dirigir el ahorro hacia inversiones productivas y una defensa común.

Un euro digital podría reducir significativamente la vulnerabilidad de Europa a las sanciones de Estados Unidos al proporcionar una infraestructura de pagos independiente y soberana que no dependa de sistemas basados en EE. UU. –como Visa, Mastercard o redes financieras dominadas por el dólar. Aunque el sistema de mensajería de pagos SWIFT es una empresa belga, tiene presencia en EE. UU., incluye miembros del consejo de administración radicados en EE. UU. y ha sufrido anteriormente importantes presiones del gobierno estadounidense.

El control sobre una infraestructura de moneda digital permitiría a la UE procesar directamente los pagos transfronterizos, protegiendo sus líneas financieras vitales de posibles interrupciones causadas por sanciones o medidas de ejecución extraterritoriales. Esta autonomía reforzaría la capacidad de Europa para salvaguardar su infraestructura económica crítica y mantener la estabilidad financiera incluso en medio de tensiones geopolíticas. Además, un euro digital podría mejorar la capacidad sancionadora de Europa al permitir un seguimiento más rápido, preciso y transparente de las transacciones, mejorando la eficacia de las sanciones selectivas sin depender excesivamente de jurisdicciones terceras.

A medida que Estados Unidos se retira del liderazgo mundial, Europa debe asumir un papel más proactivo en la configuración de la gobernanza económica.

Reforzar el poder económico y la defensa

A medida que Estados Unidos se retira del liderazgo mundial, Europa debe asumir un papel más proactivo en la configuración de la gobernanza económica. Aunque la UE ha reforzado sus defensas contra la coerción económica, se necesita una mayor racionalización y coordinación. El actual requisito de unanimidad en la toma de decisiones dificulta a menudo una actuación rápida, como se ha visto con la amenaza de Hungría de devolver a Rusia los activos congelados. La adopción de la mayoría cualificada en más ámbitos políticos, como se propone en el Informe Draghi, podría aumentar la cohesión de la UE sin socavar su integridad institucional. La cooperación estratégica con aliados no pertenecientes a la UE, como el Reino Unido, también es crucial, sobre todo en materia de sanciones y defensa. Herramientas como el Instrumento Anticoerción ofrecen nuevas formas de contrarrestar la presión económica, pero sigue habiendo problemas de atribución y aplicación. Para aumentar su capacidad de resistencia, la UE debe ampliar su conjunto de herramientas, reconsiderar su postura sobre las sanciones secundarias, armonizar los controles a las exportaciones, aplicar las sanciones con mayor eficacia y desarrollar mecanismos sólidos de control de las inversiones. Las acciones coordinadas, como los esfuerzos contra la flota rusa en la sombra, demuestran que Europa puede actuar con decisión cuando está unida.

Más allá del fortalecimiento de la diplomacia económica, Europa se enfrenta a retos urgentes en la creación de una estrategia de defensa unificada y eficaz. A pesar del aumento de los presupuestos de defensa, persiste la fragmentación debido a las adquisiciones a nivel nacional, la escasa coordinación y los sistemas heredados. Las iniciativas existentes y las medidas de emergencia han sido hasta ahora insuficientes para impulsar las reformas necesarias que permitan superar esta fragmentación. Sin medidas audaces para centralizar las adquisiciones e integrar plenamente a socios clave como Ucrania, Europa corre el riesgo de malgastar su mayor gasto en defensa. Incluir a Ucrania es fundamental no solo por una cuestión de solidaridad, sino por una necesidad estratégica, dado su papel en primera línea y sus innovaciones en el campo de batalla, que pueden reforzar la defensa colectiva de Europa.

La consecución de esta visión unificada de la defensa requiere medidas políticas concretas centradas en una mayor integración y cooperación con Ucrania. Esto incluye conceder a Ucrania el estatus de socio en los organismos de seguridad europeos, implicar a sus fuerzas armadas e industrias de defensa en iniciativas conjuntas de adquisición e I+D, e integrar la experiencia ucraniana en la formación y planificación. Las industrias militares europeas y ucranianas deberían buscar oportunidades de producción conjunta y coinversión, como la coproducción de drones y tecnologías de defensa. Una mayor cooperación en materia de innovación y pruebas de campo rápidas, respaldada por procesos burocráticos racionalizados, acelerará el desarrollo de capacidades. Por último, el establecimiento de mecanismos para compartir conocimientos sobre el campo de batalla, tácticas y mejores prácticas garantizará que Europa se beneficie de la experiencia de Ucrania y construya un sistema de defensa resistente y adaptable.

La seguridad energética a largo plazo exige evitar la dependencia excesiva de un único socio, ya sea Rusia o Estados Unidos.

Reforzar la seguridad energética europea

A la UE le resulta difícil salvaguardar sus intereses sin dejar de ser vulnerable a las decisiones de regímenes externos –a menudo autocráticos– que controlan su suministro energético. Para hacer frente a esta situación, Europa debe esforzarse por lograr una mayor independencia energética. La renovación de la inversión en tecnologías limpias ofrece una vía hacia la resiliencia a largo plazo y el liderazgo mundial, especialmente a medida que Estados Unidos se retira de ciertos mercados. A corto plazo, Europa debería poner fin a las importaciones de gas ruso y sustituirlas temporalmente por suministros procedentes de Estados Unidos. Sin embargo, la seguridad energética a largo plazo exige evitar la dependencia excesiva de un único socio, ya sea Rusia o Estados Unidos. Los recientes debates sobre un posible retorno de la energía rusa a través del Nord Stream 2, con la mediación de Estados Unidos, ponen de relieve los riesgos estratégicos de una dependencia continuada. En última instancia, la resiliencia energética de Europa dependerá de una mayor integración de sus mercados energéticos nacionales, de un cambio decisivo hacia las energías renovables y del mantenimiento de una combinación energética diversificada –incluida la energía nuclear– durante la transición.

¿En qué situación queda Europa?

La respuesta está en una mayor autosuficiencia y una mayor cooperación regional. A medida que cambia la dinámica del poder mundial y Estados Unidos se retira de ciertas funciones, Europa tiene la oportunidad de afirmar su liderazgo, no universalmente, pero sí en las áreas clave en las que sus intereses se ven más afectados. Para ello, los países europeos deben tomar la iniciativa para proteger sus intereses, tanto individual como colectivamente. Esto incluye aprovechar plenamente el poder del mercado único –no solo como motor económico, sino como activo estratégico– y formar alianzas o “clubes de países afines” que puedan actuar con decisión allí donde la unanimidad más amplia de la UE resulte difícil. Integrar a socios clave como Ucrania y el Reino Unido en estos esfuerzos, sobre todo en defensa y seguridad, será esencial. En una época de declive de la cooperación mundial, la solidaridad regional y la autonomía estratégica han dejado de ser un lujo para convertirse en una necesidad •